

SAMPO LAPPALAINEN

Un cuento finlandés

Sakari Topelious

1818-1896

Traducción por

Jaana Virkki

Había una vez un hombre y una mujer de Laponia. Vivían en un lugar llamado Ailigas en lo más profundo de esta región, a orillas del río Tenojoki. Es una tierra desierta pero majestuosa, y tanto el lapón como su esposa estaban seguros de que en ninguna otra parte del mundo había una nieve tan blanca, unas estrellas tan brillantes, ni una aurora boreal tan grandiosa como en Ailigas. Allí habían construído su choza.

Tenían un niño llamado Sampo, que en lapón quiere decir suerte. El muchacho todavía no estaba bautizado, porque en aquella época el ministro más cercano les quedaba a 200 kilómetros de distancia. —“El año que viene iremos donde el ministro para que bautice al niño”, decía su padre siempre, pero cada año había algún impedimento nuevo, el viaje nunca se hacía, y el niño seguía sin bautizar. —“No estaré tranquila mientras no lo llevemos”, dijo la madre. —“Uno de estos días los lobos se lo comerán en la montaña, o puede encontrarse con el reno de los cuernos dorados de Hiisi. ¡Dios ayude a los paganos en esa ocasión!”

Sampo escuchó estas palabras, y trató de imaginarse un reno con los cuernos dorados. —“Debe ser un reno muy bonito”, pensó. —“¡Ojalá pudiera montarlo algún día para subir a Rastegaise!” Rastegaise es una montaña alta e imponente a unos 50 o 60 kilómetros de Ailigas, y puede verse desde allí.

—“Mi querido Sampo, no vayas nunca a Rastegaise pues allá vive Hiisi, el rey de la montaña, quien come renos de un bocado y se traga a los niños como si fueran mosquitos!”, le dijo su madre. Al oír esto, Sampo se quedó muy pensativo, pero no dijo nada. Pensó para sí: “Sería fantástico ver a esa criatura, el rey de la montaña, una vez... ¡pero solamente desde lejos!”

Habían ya transcurrido tres o cuatro semanas desde Navidad, pero Laponia seguía sumergida en la oscuridad. No había ninguna diferencia entre mañana, tarde y noche: siempre estaba oscuro y la luna alumbraba, la aurora boreal centelleaba, y las estrellas brillaban. Sampo estaba bastante aburrido. Llevaba ya tanto tiempo sin ver el sol que casi no lo recordaba, y si alguien le hablaba del verano, Sampo solamente conservaba memoria de que los mosquitos se ponían tan salvajes en esa época que casi lo devoraban. Por lo que a Sampo respectaba, no hacía falta que el verano llegara, siempre que él pudiera tener más luz: luz suficiente para esquiar bien.

Un mediodía (aunque estaba oscuro) el lapón llamó a su hijo: —“¡Ven a ver algo!” Sampo salió de la choza y observó cuidadosamente el sur, hacia donde señalaba su padre. Vió una línea roja y angosta sobre el horizonte. —“¿Sabes qué es esto?” le preguntó su padre. —“El Fuego del Sur”, contestó el niño. El estaba muy bien enterado de los puntos cardinales, y sabía que la aurora boreal, el Fuego del Norte, no podía verse hacia el sur. —“No, no es eso”, le dijo el padre. —“Es el mensajero del sol. Quizás mañana o al día siguiente podamos ver al propio sol. Fíjate cómo la luz roja se refleja en la cima de Rastegaise.” Sampo se volteó, y vió la cima de Rastegaise, que hacia tanto no podía discernir, cubierta por nieve teñida de rojo. Enseguida recordó su tentación de ver al rey de la montaña desde lejos. Sampo pensó en el asunto durante todo el día y la mitad de la noche. Debía estar durmiendo, pero no podía hacerlo. Mientras pensaba y pensaba, lentamente echó a un lado las cobijas del piel de reno, y salió por la puerta de la choza. Dispuso su propio reno y trineo, y corrió a gran velocidad hacia la vasta y desierta campiña nevada. —“Voy a acercarme nada más un poco a Rastegaise”, pensó. Cruzó por el río cubierto de hielo, subió por la ribera opuesta del Tenojoki, que es un río fronterizo, y pronto llegó al reino de Noruega. ¿Pero qué sucedió? En una de las curvas el trineo se viró, y Sampo cayó en la nieve. El reno no lo sintió y siguió corriendo, mientras Sampo tenía la boca tan llena de nieve que le era imposible llamarlo. Allí estaba él, sentado solito en la nieve de la oscura y desierta montaña de Laponia. La sombra negra de Rastegaise frente a él tenía un aspecto misterioso y aterrador: era el dominio del rey de la montaña. Seguir allí sentado y llorando no le servía ningún propósito, ya que las lágrimas se congelaban, y caían como garbanzos sobre su abrigo de piel. —“Ya basta de llanto, pues”, pensó Sampo; se levantó, y comenzó a correr para mantenerse caliente. Empesó a subir por la ladera de la montaña, y no había llegado muy lejos cuando escuchó unos pasos ligeros que le seguían. Pronto un lobo grande y lanudo le dió alcance. —“¿Quién eres tú, jovencito que andas por la nieve?” preguntó éste. —“Yo soy Sampo Lappalainen, ¿y tú quién

eres?" —"Yo soy el lobo principal de todos los lobos del rey", contestó el animal, "y estoy corriendo a través de las montañas para invitar a toda su gente a la gran Feria del Sol. Ya que vas en la misma dirección, puedes viajar sobre mi lomo. —"¿Qué es eso de la Feria del Sol?", preguntó Sampo. —"¿No lo sabes? Cuando la oscuridad ha reinado en Laponia durante un invierno tan largo, la primera señal del sol se recibe con la Feria del Sol. Todos los animales y duendes del norte se dan cita en Rastegaise ese día, y nadie puede hacerle daño a otro mientras éste dure. Eres un niño afortunado, Sampo, pues si no fuera así ya te hubiera comido." —"¿Esta regla aplica también al rey?" preguntó Sampo. —"Claro que sí. Una hora antes del amanecer y una hora después del ocaso, el rey no se atreverá a tocarte ni un pelo. Pero cuando haya transcurrido ese tiempo, ¡cuidate!" En esto ya habían llegado a la cima de la montaña, donde los esperaba un espectáculo extraño. El gran rey de la montaña estaba sentado en su trono, tan alto como las nubes, y tenía la mirada sumergida en la oscuridad de la noche que envolvía las montañas y los valles. Tenía un sombrero confeccionado de nubes de nieve; los ojos parecían la luna llena cuando se alza sobre el bosque; la nariz era como la cima de la montaña, y la boca como un valle; la barba consistía en agujijones de hielo; los brazos eran anchos como el tronco de un árbol; las piernas y los pies eran como una pista para saltos de esquís, y su ancho abrigo parecían un monte nevado. Alrededor del rey había millones de criaturas y duendes de las montañas, tan pequeñitos, que sus huellas sobre la nieve no eran más grandes que las de una ardilla. Habían acudido de todas partes para adorar el sol. De repente habló el rey: —"Estamos aquí reunidos para celebrar una vieja tradición, pero hoy será diferente. El sol no vendrá: el sol ha muerto. ¡El sol ha perdido su luz, y de ahora en adelante todos me adorarán a mí, al rey de la noche y el invierno eternos!" —"¡Mientes, mientes terriblemente!", gritó Sampo. —"Yo he visto al mensajero del sol en el horizonte, y el sol no está muerto. ¡Que se te derrita la barba cuando llegue el verano!" Estas palabras enfurecieron tanto al rey que olvidó la regla, y alzó su largo brazo para aplastar a Sampo Lappalainen. Pero en ese preciso momento, la aurora boreal palideció y una línea roja apareció en el cielo, brillando exactamente en los ojos del rey. El círculo dorado del sol se alzó lenta- y majestuosamente sobre el horizonte, alumbrando las montañas y los desiertos, los valles, los duendes, las criaturas y los animales, al igual que al pequeño y valiente Sampo Lappalainen. La nieve brillaba y su luz se reflejaba en los ojos y corazones de todos. Hasta quienes más se habían alegrado por la muerte del sol, ahora le daban la bienvenida con gran alegría.

Mientras tanto, la primera hora casi había llegado a su fin, y al echar un vistazo rápido a su alrededor Sampo vió al reno de los

cuernos dorados a su lado. Saltó sobre él, y juntos comenzaron a bajar la montaña a toda carrera. Mientras corrían, Sampo preguntó: —“¿Son truenos los que escucho detrás de nosotros?” —“No”, le contestó el reno temblando, “Es el mismo rey quien nos persigue. Nos salvaremos sólo si llegamos a la casa del ministro a orillas del lago Inari, ya que el rey de la montaña no tiene dominio sobre los cristianos.” Y en el instante en que llegaron a la casa del ministro y cerraron la puerta, ya el rey tronaba tras ésta: —“¡Abran esta puerta! Detrás hay un niño que no ha sido bautizado, y todos los paganos me pertenecen!” El ministro tomó un cáliz a toda prisa y bautizó a Sampo, convirtiéndolo en cristiano, y sólo entonces abrió la puerta al rey y le dijo: —“Tú, rey del invierno y de las tinieblas, puedes marcharte, puesto que este niño ya no te pertenece.” Y la furia del rey fue tal que explotó, desintegrándose en la peor tormenta de nieve que jamás se haya visto. Cuando por fin llegó la mañana, el sol derritió la nieve, pero el rey había desaparecido: nadie sabe de él con certeza, pero se cree que aún vive y reina en Rastegaise.

Sampo Lappalainen dió las gracias al ministro, y le pidió un trineo prestado. Halado por el reno de los cuernos dorados, Sampo llegó a la casa de sus padres en Ailigas donde los recibieron con gran alegría. Y cómo Sampo más tarde se convirtió en un gran hombre, es otra historia demasiado larga para contarse aquí.